

ESCASEZ Y ABUNDANCIA EN LA REPRESENTACIÓN DE LAS CIVILIZACIONES AMERICANAS

José Pantoja Reyes

Escuela Nacional de Antropología e Historia

Contacto: joparey@hotmail.com

ORCID: <https://orcid.org/0009-0004-8938-7711>

Resumen

En la reciente coyuntura de la conmemoración de los 500 años de la toma militar de Tenochtitlán y la consecuente conquista del actual territorio mexicano, se han publicado textos que intentan actualizar la narrativa histórica sobre esos acontecimientos pero en lo general son repeticiones del discurso histórico nacionalista tradicional, en los que se reiteran los tópicos que La visión de los vencidos puso en primer orden, aquellos que aluden a las profecías, presagios, la debilidad de los tlatoanis, el despotismo del imperio azteca, los indios aliados convencidos por la seducción de Cortés, etcétera, argumentos con los que se busca justificar la conquista española. Sin embargo, aparecieron otros textos que han pretendido distanciarse, en primera instancia, de esa versión de la conquista y se propusieron volver a una interpretación de orden material y estructural que explicara la debilidad de las sociedades americanas, como el libro de Enrique Semo sobre la conquista. En este artículo haré una reflexión sobre las representaciones occidentales que anidan en ese tipo de interpretaciones que pretenden ser científicas pero que en el fondo son replicas ideológicas del pensamiento moderno burgués y que al final de cuentas, de manera contradictoria, se sirven de las representaciones cristiano-medievales de los textos coloniales.

Palabras clave: Historiografía, representaciones, prehispánico, conquista, civilización

Abstract

In the recent conjuncture of the commemoration of the 500 years of the military take of Tenochtitlán and the consequent conquest of the current Mexican territory, texts have been

published attempting to update the historical narrative about those events. However, most of these texts are repetitions of the traditional nationalist historical discourse, in which the topics that *The Vision of the Vanquished* established at the forefront of the discourse are reiterated, those that allude to prophecies, omens, the weakness of the tlatoanis, the despotism of the Aztec empire, the allied Indians convinced by the seduction of Cortes, etc., arguments with which they seek to justify the Spanish conquest. Nonetheless, other texts, such as Enrique Semo's book on the conquest, have surfaced, attempting to distance themselves from that version of the conquest and to return to a material and structural interpretation that would explain the weakness of American societies. In this article, I will reflect on the Western representations contained in interpretations claiming to be scientific but that in reality, are ideological replicas of the modern bourgeois thought and in a contradictory way, use the Medieval Christian representations of colonial texts.

Keywords: Historiography, representations, pre-hispanic, conquest, civilization

Un poco de contexto. En anteriores publicaciones y presentaciones dentro del seminario de Historiografía de Xalapa, me he ocupado en identificar la concepción del tiempo en las crónicas de la conquista, particularmente, en las llamadas crónicas indígenas; afirmé que esas crónicas contienen un relato ordenado por el tiempo lineal progresivo de tipo escatológico y expuse que el llamado ciclo cosmogónico de las edades o leyenda de los soles tenía su origen en la tradición franciscana que retoma las concepciones milenaristas de Joaquín de Fiore y no en una supuesta cosmovisión prehispánica.

En ese trabajo, adelanté la idea de que esa concepción del tiempo definió los parámetros con los que los franciscanos supuestamente reconstruyeron los calendarios indígenas prehispánicos. A su vez, propuse que, por consecuencia, habría que tomar más en serio las evidencias arqueológicas que indican la utilización de los calendarios basados en la observación de los ciclos de la luna y de Venus, pues dicho sistema estaría más de acorde con el desarrollo de las civilizaciones agrícolas en América. En esa perspectiva es que se ha propuesto que la importancia de los calendarios lunares obliga a realizar una nueva reflexión, entre otros aspectos, de la sistemas agrícolas, o del lugar de las mujeres y de lo femenino en el sistema social y político en esas sociedades, en tanto que en el discurso historiográfico dominante moderno ha desplazado esos temas hacia un lugar marginal o de

carácter accesorio en favor de representación militarista y, por consiguiente, patriarcal y solar de las sociedades complejas prehispánicas.

Esa reflexión sobre el tiempo y el calendario me ha llevado a revisar los debates, por lo demás bastante añejos, sobre el grado civilizatorio que habían alcanzado las sociedades americanas antes de la llegada de Cristóbal Colon a las islas caribeñas. Una característica relevante de la representación antro-po-histórico moderna que domina el discurso histórico sobre las sociedades no occidentales, incluida la antropología mexicanista, es el de su estructura contradictoria, esquizofrénica como la ha denominado Guy Rozat.⁹ Se trata de una interpretación que al mismo tiempo que proclama los grandes avances en el conocimiento prehispánico en terrenos como el astronómico (por consecuencia del saber matemático), los conocimientos arquitectónicos o lo avanzado de algunas técnicas agrícolas como las chinampas, insiste en señalar la supuesta incapacidad técnico-civilizatoria de los pobladores originarios de América para alimentar a densas poblaciones o para sostener el progreso de “altas culturas”.

Esa supuesta incapacidad civilizatoria, de tipo estructural es uno de los principales argumentos que se usan comúnmente para explicar la “rápida conquista” española y el derrumbe del “imperio” azteca o del “inca” en Sudamérica. La antropología moderna ha empleado ese argumento aplicándolo más allá de los ámbitos productivos y económicos, le ha servido para justificar la representación en la que los indígenas prehispánicos son descritos como pueblos con “mentalidad” débil y con proclividad al sacrificio humano. Así, la supuesta incapacidad técnico-productiva habría sometido a las poblaciones americanas al hambre “crónica y transhistórica”, carencia que no pudieron superar después de varios miles de años y que formó la mentalidad temerosa, que veía el mundo como un universo lleno de amenazas, que los habría llevado a la práctica del sacrificio humano.

Las carencias productivas y necesidades sacrificiales, a su vez, explicarían la formación de Estados e imperios que tendrían como función principal emprender guerras para capturar víctimas sacrificiales que satisficiera a los “dioses hambrientos de corazones humanos” (y diríamos, olvidándose de sus tareas reproductivas) y que los habría debilitado a tal punto que fueron presa fácil de los españoles en el siglo XVI. Esa representación sobre las civilizaciones americanas prehispánicas no sólo sigue vigente, sino que se le reproduce

⁹ Guy Rozat, “Los relatos de la Conquista de México como hoyo negro de una memoria esquizofrenizante”, *Historia y Grafía*, Universidad Iberoamericana, año 24, núm. 47, julio-diciembre 2016, pp. 17-48

y amplifica en coyunturas como la que vivimos recientemente durante las conmemoraciones por los 500 años de la conquista, por lo que, creo, que se hace necesario volver a reflexionar sobre ella y sus consecuencias.

Para comenzar con la reflexión, quiero retomar una idea generativa que Guy Rozat expone en *Indios imaginarios e indios reales* y que él ha ido desarrollando en varias líneas de investigación y diversos trabajos como, por ejemplo, sobre la alimentación prehispánica o las “técnicas” de cultivo en el bosque y sobre la roza-quema de la selva del sureste.

Al inicio del Capítulo I de *Indios imaginarios*, cuando presenta el objeto de análisis de ese apartado, en el que se ocupa de los presagios y signos en la crónicas de la conquista, comenta la interpretación que hace Laurette Sejournée sobre el tema. Guy Rozat nos señala que la autora asoció la aparición de presagios y su manifestación a través de signos y símbolos antes de la conquista con “las manifestaciones evidentes de una crisis interior del mundo azteca”; y nos explica que esa no era una interpretación exclusiva de Sejournée sino que forma parte de una forma de pensar y de representar la dinámica civilizatoria e histórica americana:

Esta hipótesis la encontramos en muchos estudios del contacto entre sociedades americanas y occidentales. Pero no nos parece pertinente porque consideramos que esa hipotética crisis no es más que el núcleo central de un esquema historiográfico moderno que intenta explicar la “fácil victoria española” por una imposibilidad estructural de las sociedades americanas proveniente de un estado de decadencia generalizado. Por esta supuesta “crisis” no supieron oponerse o no pudieron enfrentar victoriosamente a la penetración española.¹⁰

Es decir, que un aspecto (o en este caso proceso), una crisis, que bien podría considerarse como algo coyuntural, en esa perspectiva se le considera como un atributo de las civilizaciones prehispánicas; sociedades que a diferencia de Europa no habrían logrado crear un sistema técnico eficiente ni a establecer sistemas económicos sustentables. Ese supuesto atraso técnico no les resulta sorprendente porque dan por sentado que la civilización occidental es la que encarna el verdadero progreso humano por lo que su despliegue a nivel planetario resulta necesario y es considerado como parte de la misión salvadora de los europeos sobre el resto de los pueblos y culturas.¹¹ La victoria hispánica sobre el imperio azteca sólo sería expresión de esa superioridad civilizatoria.

¹⁰ Rozat, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México*. Huellas de un largo trabajo en la memoria cristiana, Ediciones Navarra, México, 2018, p. 31

¹¹ Rozat, Guy, *El redentor occidental y sus fantasías técnicas*.

En una reciente publicación sobre la conquista, Enrique Semo resume de forma clara el argumento sobre la supuesta superioridad civilizatoria de occidente:

El factor aislamiento entre el Nuevo y Viejo Mundo durante milenios exige recurrir a tipologías diferentes a las elaboradas para el Viejo Mundo. Con la excepción del arte, la literatura y el folclore, que no admiten este tipo de comparaciones, el desarrollo técnico y económico de las sociedades complejas americanas pertenecía a etapas anteriores al de las sociedades europeas a la hora de la conquista. En 1491, las sociedades más desarrolladas de América son comparables con las sociedades antiguas del Cercano y Lejano Oriente, pero no con Europa de principios del siglo XVI, y además persistían grandes formaciones primitivas de cazadores y recolectores que se habían ya extinguido completamente en Europa y Asia.¹²

Si bien Enrique Semo reconoce la diversidad ecológica y la disponibilidad de recursos naturales con los que contaban los grupos prehispánicos, considera que esos factores no resultaron decisivos para que el desarrollo civilizatorio americano se equipara al de Europa.

Enrique Semo atribuye el atraso americano a dos factores centrales: por un lado, el aislamiento que vivía América con respecto al “Viejo Mundo”, así como en su interior, ofrece diversos datos sobre la orografía, los desiertos, etcétera, que habrían dificultado la comunicación al interior del continente americano, y que también habrían impedido que compartieran recursos y técnicas. Por otro lado, Semo dice que Eurasia aventajó a América gracias a que en esa región predominó lo que, retomando la terminología de Peter Watson, denomina semicultura (es decir, el cultivo por medio de semillas, fundamentalmente cereales) sobre la vegeticultura (tubérculos y raíces) que predominó en América.¹³ Según él, las ventajas que ofrecía el cultivo del maíz se vieron disminuidas porque no desplazó la vegeticultura, y que, además, el cultivo de cereales inició en Mesoamérica cuatro mil años después que en Europa y que su difusión fue lenta.¹⁴

Enrique Semo agrega que la ausencia de animales domesticados para el trabajo (y la alimentación) y el predominio de la vegeticultura impidió que se desarrollara un sistema productivo eficiente como en Eurasia, la diferencia, según él, se volvió abismal si

¹² Semo, Enrique, *La conquista, catástrofe de los pueblos originarios. Volumen I. Los actores: amerindios y africanos, europeos y españoles*, México, UNAM-Siglo XXI, 2019, p. 85

¹³ Semo, Enrique, op. cit., p. 86. Una propuesta contraria a la de Enrique Semo sobre el papel de la vegeticultura en el desarrollo del cultivo en América puede verse en Sauer, Carl O, *Agricultural Origins and Dispersals - The Domestication of Animals and Foodstuffs*, USA, The American geographical society, 1952 y en Palerm Vich, Angel, *Teoría Etnológica*, México, UAQ, 1987.

¹⁴ Gibson no estaría de acuerdo con el saldo negativo que obtiene Enrique Semo en la comparación entre los cereales americanos y europeos, Gibson nos dice que: “Entre todos los cereales del mundo, el maíz ocupa el primer lugar por su combinación de calidad nutritiva, abundante rendimiento y adaptabilidad a diversos medios ambientes» en Gibson, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI, 1984, p. 313.

agregamos a la ecuación la carencia de metalurgia. Asimismo, cuando compara los núcleos civilizatorios americanos nos dirá que el sistema productivo de Andes estaría por encima de Mesoamérica, porque ahí sí domesticaron animales, empero, no lo suficiente como para equipararse al viejo continente. Así, concluye diciendo:

Brillantes artistas, astrónomos, matemáticos, urbanistas, inventores de la escritura y de una compleja organización del Estado, no pudieron hacer nada frente al acero, los caballos, los barcos, los cañones y, sobre todo las epidemias, ante las cuáles la población de América no contaba con defensas. Esa fue el arma más mortífera de los conquistadores.¹⁵

Más allá de que el autor procede anacrónicamente al considerar que las enfermedades fueron utilizadas como un arma en la conquista hispana, confundiéndose con la aplicación planificada que realizó el ejército estadounidense al propagar ciertas enfermedades (como la viruela) en las comunidades indígenas durante la conquista del oeste norteamericano, considera que la responsabilidad de la propagación de las epidemias recae en las poblaciones americanas dado que el “asilamiento” continental en que vivían no les permitió inmunizarse por lo que su incapacidad en aprender las técnicas básicas de la navegación altamar les costó a la larga la difusión pandémica de las enfermedades contagiosas que trajeron consigo los europeos.

Me he detenido en el texto de Enrique Semo, porque es un texto publicado recientemente con motivo de las conmemoraciones de la conquista; y porque, a diferencia de la mayoría de las recientes publicaciones que se dedicaron en un 90% a revisar los presagios y profecías, así como a repetir cosmovisiones y alimentar el ancestralismo *new age* o en actualizar la visión de los vencidos y sus nuevas variantes, Semo se propuso considerar las “condiciones materiales de los contendientes”; y, finalmente, porque se declara como un autor de izquierda, por lo que, en su explicación, la simulación del nacionalismo historiográfico en la que el supuesto “rescate” de la cultura de los pueblos originarios le sirve para encubrir su negación y profundo rechazo a la alteridad prehispánica, quedando ésta última desplazada, sirviéndole como mero complemento. En su texto, Semo retoma sin cortapisas el esquema evolucionista eurocentrista, presentándolo como parte del modelo marxista de los modos de producción.¹⁶

¹⁵ Semo, Enrique, op. cit., p. 132

¹⁶ La pertinencia de la adscripción a la teoría marxista ha sido parte de un largo debate realizado en el siglo XX, protagonizado en parte por las dirigencias revolucionarias socialistas de los países coloniales, como fue el caso del Partido comunista Chino dirigido por Mao Zedong o en las tentativas teóricas de Mariátegui en

Al finalizar su “revisión” el Dr. Semo, después de informarnos que Europa era superior a América en términos civilizatorios y explicarnos que gracias a esa superioridad los españoles conquistaron el continente, no puede evitar preguntarse sobre la situación “económica” en el momento de la conquista pero en lugar de contestar directamente sobre si había crisis o no, tal y como lo hace Laurette Sejournée, vuelve a cuestionar la capacidad estructural de las “sociedades” precolombinas para sostener a la numerosa población que habitaba el continente a la hora de la conquista.

Probablemente el autor, llegado a ese punto, se dio cuenta que su argumento conlleva algunas contradicciones a las que, por lo menos, tiene que señalar. Bajo la lógica de su argumentación, la población americana debió ser numéricamente pequeña dado el grado de desarrollo técnico alcanzado, tal y como ya lo había planteado la antropología mexicanista de la primera mitad del siglo XX (algunos autores habían afirmado, por ejemplo, que en Mesoamérica tan sólo habitaban 4 millones de personas). Sin embargo, Enrique Semo, no ha querido repetir dichas conclusiones reduccionistas, pues reconoce que desde hace tiempo la demografía histórica demostró que había una alta densidad de población en el momento de la conquista, tal y como lo expusieron en su momento Borah y Cook: ¿cómo solucionar dicha contradicción, sin renunciar al esquema eurocentrista del progreso técnico-civilizatorio?

Semo nos dice que no puede dar respuesta a dicha contradicción, probablemente, porque ha tratado de zanjar el tema en sólo sesenta páginas de su libro, faltando información para resolver el problema en la relación entre demografía y técnica.¹⁷ Así, después de que ha valorado 10 mil años de civilización en el continente americano (dejando a un lado los 30 mil años anteriores de poblamiento) en unas cuantas páginas, nos dice que no puede dar una respuesta contundente sobre la relación entre la alta densidad poblacional y el bajo nivel técnico alcanzado en el continente americano, y que, con el actual desarrollo de la ciencia, resulta muy complicado saberlo, pues se requiere de nuevos y largos estudios sobre la producción agrícola, conocimientos agronómicos y análisis de los resultados potenciales de la caza, la pesa y la recolección.

América Latina. No es mi objetivo discutir en este artículo si el marxismo es evolucionista o eurocentrista, o si por su modelo de explicación Enrique Semo es marxista o no, considero que es pertinente señalarlo porque el autor hace referencia explícita a su “marxismo”. Roger Bartra, en su etapa marxista, publicó un libro sobre el Modo de producción asiático en el que se recoge parte de esa discusión. Bartra, Roger, *El modo de producción asiático y el México prehispánico*. México, Grijalbo (Colección 70), 1974

¹⁷ Semo, Enrique, op. cit., p. 131

En realidad, me parece que su respuesta es un recurso retórico, porque no ha considerado los trabajos arqueológicos de las últimas tres décadas como para hacer un balance negativo al respecto. Señalar el problema sólo le sirve para informarnos que conoce del tema, empero, que para él, las aportaciones de la demografía histórica no alteran su valoración sobre el desarrollo técnico americano, ni su caracterización de los modos de producción, mucho menos su explicación sobre la coyuntura de la conquista, ya que:

No hay duda de que la ausencia de algunos factores productivos básicos se manifestó también en la estructura social. Existía una necesidad imprescindible de guerra, pillaje y víctimas para los sacrificios. La clase gobernante mexicana tenía un hambre insaciable de producto excedente. Para imponer y defender su ampliación constante de las fronteras de su imperio. A pesar de sus éxitos iniciales, hacia el final esta expansión pronto empezó a ser fatigosa.¹⁸

La paradoja del Dr. Semo: la abundancia de la población y la escasez de la técnica

Enrique Semo reconoció que quedó atrapado en una paradoja (que el mismo ha construido), de la que en realidad no le interesa Salir, pues como ya hemos señalado (y no hay que perder de vista), dicha paradoja forma parte de una forma más general de pensar y de representar el pasado prehispánico.

A la hora de explicar el porqué del triunfo de los conquistadores europeos sobre las sociedades mesoamericanas, el historiador divide su respuesta en dos partes. En la primera, alude a una explicación de tipo estructural centrada en la comparación del desarrollo civilizatorio entre Europa y América en la que se muestra pesimista con respecto al progreso técnico americano, empero, ofrece una cierta esperanza de futuro para aquellos espíritus dolidos por la conquista: las muertes y la destrucción producidas por la conquista europea, las cuales se justificarían desde el presente, pues ese sufrimiento habría creado las condiciones de la futura liberación humana gracias a que los europeos sacaron del aislamiento a las poblaciones americanas y las encausaron en la ruta del progreso occidental.

En la segunda parte, explica las razones coyunturales que dieron el triunfo a los españoles a través de un modelo bastante común para explicar la caída de los imperios: el de la caída del imperio romano, además de la combinación de la búsqueda obsesiva de excedentes por las élites tenochcas y del incremento de la actividad guerrera que en este

¹⁸ Ibidem, p. 121

caso era justificada por la búsqueda de víctimas para sacrificios religiosos (y no esclavos como “racionalmente” lo harían los romanos), lo que llevaron a la crisis y la caída del imperio. Si observamos con detenimiento lo antes dicho, no hay una distinción entre el nivel estructural y el coyuntural, mucho menos en lo tocante a una crisis suscitada por una situación particular, sino que se trata de una crisis “estructural” producida el desequilibrio entre población y técnica. ¿Pero cómo es que esas sociedades alcanzaron una alta densidad poblacional, si la técnica no da para soportar a una población numerosa?

Al incluir las estimaciones de población proporcionados por Borah y Cook, el esquema de progreso civilizatorio propuesto por Semo se descuadra y no encuentra una razón para que ocurra de esa forma, por lo que, concluye, que hace falta investigar; y se tendrían que esperar los resultados de las futuras investigaciones arqueológicas para resolver el enigma; investigaciones que, por otra parte, él no consideró para armar su cuadro civilizatorio, ¿Qué podría esperar encontrar en esos resultados futuros?, ¿que se echen abajo las estimaciones demográficas y que la lógica del modelo eurocentrista se reestablezca?, o, ¿qué se encuentre algún tipo de factor “no histórico” (milagroso tal vez) que lo explique?

Como podemos observar, los trabajos de la historia demográfica de los años cincuenta pusieron un clavo ardiente en el tranquilo escenario de las investigaciones arqueológicas dominadas por la antropología americanista, en primer lugar, al cuestionar la representación que ubicaba a las sociedades prehispánicas en la “barbarie”. En general, la antropología, disciplina que ha dominado el estudio de lo “indio” desde los inicios del siglo XX, dio por resuelto el tema de la civilización material al asumir como premisa la inferioridad civilizatoria de los americanos y presuponer que el continente estaba semi vacío a la llegada de los españoles, por lo que esto orientó sus investigaciones arqueológicas hacia la ubicación y reconstrucción de centros ceremoniales en la búsqueda de la formaciones estatales. y a remendar los linajes monárquicos y nobiliarios proporcionados por las crónicas, además de encontrar restos materiales que dieran algún contenido material a la denominada cosmovisión religiosa y a las prácticas de sacrificio humano descritas por los religiosos evangelizadores. En general, dejaron de lado por innecesarios los diversos aspectos de la vida material.

Al respecto los arqueólogos Valadez y Rodríguez, dedicados a la arqueozoología y la alimentación prehispánica, comentan que

Desde las primeras investigaciones arqueológicas al inicio del siglo XX se dio el hallazgo de huesos de animales (Gamio 1922; Linné 1934; Moedano 1942; Vaillant 1930), sin embargo, el interés que despertaban se limitó a lo artístico o religioso. ¿Razón de ello?, la certeza de que en esta región no se había dado la domesticación a gran escala, como en el caso del Viejo Mundo, y si no existía la producción sistemática de carne sin duda la desnutrición habría sido lo usual, así que el estudio de los restos animales era sólo tiempo perdido (Valadez 1992; Pérez 2010). En esa época todo estudio sobre las culturas precolombinas y alimentación estaba ligado a los textos coloniales (Benavente 1994; Cortés 1966; Cruz 1991; Díaz del Castillo 1987; Durán 1967; Hernández 1959; Muñoz 1994; Sahagún 1979) que enfatizaban la importancia del recurso animal silvestre al respecto; ello reforzaba la idea de que estos pueblos debían explotar todo animal disponible, hasta los perros o los insectos, lo que provocaba desdén y rechazo por los europeos o sus seguidores (Llamas 1935). Este esquema persistió hasta final de la década de 1960, cuando diversos estudios arqueozoológicos presentaron resultados vinculados con lo alimentario (Flannery 1967; Flannery y Wheeler 1986; Starbuck 1975; Wing 1978).¹⁹

De esta manera, a partir de los años sesenta del siglo XX se inició un cambio en las investigaciones arqueológicas cuyos resultados obtenidos por la demografía histórica podían cuestionar, desde la base de la evidencia material, la representación colonialista que se había afincado en la antropología e historia nacionalista, empero, los resultados no han sido incorporados a las grandes narrativas sobre el pasado prehispánico, o, si lo han sido, tal y como lo ha hecho Enrique Semo, sólo como un recurso retórico sin que por ello se altere de fondo el modelo eurocentrista del progreso civilizatorio.

La paradoja de Borah y Cook: la abundancia de la población y la escasez de recursos naturales

La irrupción de la demografía histórica no sólo fue protagonizada por Borah y Cook y la escuela de Berkeley.²⁰ Algunos historiadores de otras escuelas ofrecieron, también, estimaciones sobre la alta densidad demográfica americana, como fue el caso de Jacques Soustelle, quien arribó a estimaciones parecidas (sobre todo para la ciudad de Tenochtitlan) a los investigadores americanos. La diferencia fue que mientras Borah y Cook hicieron sus cálculos a través del análisis de los registros del tributo arrancado a la población indígena por los españoles, en su investigación Soustelle partió del posible número de viviendas en

¹⁹ Raúl Valadez Azúa y Bernardo Rodríguez Galicia, “Uso de la fauna, estudios arqueozoológicos y tendencias alimentarias en culturas prehispánicas del centro de México”, *Anales de Antropología*, Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas, volumen 48-I (2014), pp. 140-141. [https://doi.org/10.1016/S0185-1225\(14\)70493-X](https://doi.org/10.1016/S0185-1225(14)70493-X)

²⁰ Noble David Cook, *La catástrofe demográfica andina. Perú 1520-1620*, Perú, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010, pp. 416

las zonas residenciales prehispánicas.²¹ Por diferentes medios se arribó a la misma conclusión: que Mesoamérica tuvo una alta densidad poblacional.

Este tipo de estudios se aplicaron, también, al área andina y arribaron a resultados similares, como ocurrió con las investigaciones que se realizaron en otras áreas de norteamericana, tales como: California, la región del Misisipi o los grandes lagos que han arrojado resultados parecidos.²² Estos estudios son sólo indicativos, dado que hay regiones en los que es difícil aplicar la metodología documental o arqueológica, tanto porque no hay restos materiales en los cuáles basar los estudios, o porque son regiones que fueron tardíamente conquistadas y su composición demográfica fue alterada por el impacto previo de las epidemias, o porque fueron objeto de genocidio.

Por su parte, los demógrafos Borah y Cook, a diferencia del Dr. Semo, asumieron que el desarrollo civilizatorio alcanzó (hasta cierto momento) para alimentar la densa población. Pensaban, por ejemplo, que en el valle de México la producción alimentos alcanzaba para que una persona adulta dispusiera de 900 gramos de maíz, además de frijol y otras plantas, y consideraron que el crecimiento demográfico respondía a existencia de una población muy bien alimentada.²³ Con respecto a la coyuntura de la conquista, suponen que había una crisis productiva que explicaría la conquista militar. Consideraban que la numerosa población para ese momento requería la ampliación de las áreas productivas, sobre todo, en el centro de México; y que por ello hubo una sobreexplotación de las utilizadas hasta entonces.

En su clásica ponencia del XI Congreso Internacional de Historiadores de 1960, Borah y Cook explicaron:

Durante el siglo XVI, de acuerdo con el nivel de técnica agrícola imperante, la población del centro de México sobrepaso seguramente a la cantidad que la tierra podía sustentar a largo plazo. Esta opinión se apoya en el hecho de haber vastas zonas de tierras destruidas o seriamente erosionadas por los métodos, relativamente benignos

²¹ Jacques Soustelle, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, pp. 26-27

²² Massimo Livi Bacci, *Los estragos de la conquista. Quebranto y declive de los indios de América*, España, Crítica. Grijalbo, 2006.

²³ Sanders ha cuestionado la cantidad disponible para la población, considera que el cálculo debería ajustarse a la baja y propone que se consumía alrededor de 600 gr y también propone que la productividad era baja entre 1.4 t y 600 kg por hectárea (lo que ha sido muy cuestionado porque toma parámetros modernos), pero que permitía sostener a 7 personas adultas; ver: William T. Sanders, "The Population of the Central Mexican Symbiotic Region, the Basin of Mexico, and the Teotihuacán Valley in the Sixteenth Century", en William M. Denevan, (ed.), *The Native Population of the Americas in 1492*, EUA, University of Wisconsin Press, pp. 85-150.

de la coa. La tremenda erosión que se observa en Yanhuitlan, por ejemplo, obedece a la densidad de la población semiurbana: desmontes para levantar casas y solares, y el paso incesante de pies humanos en declives del terreno. Nuestro punto de vista está respaldado, además por los holocaustos de los sacrificios humanos que practicaron los aztecas y prevalecieron en todo el centro de México. Al concluir el siglo XV, la población aborigen del México central estaba condenada al desastre, aunque no hubiera sido obra de la conquista europea.²⁴

Según Cook, la crisis implicó que el consumo de maíz se redujera en general, y estimó que en ciertas áreas, como en el norte del valle de México, el consumo disponible fue de 400 gramos (maíz y frijol) para una población que habían calculado en 250 mil personas; todo ello sin que ofreciera la evidencia que ilustrara dicha reducción. Asimismo, estimó que hubo un descenso en la productividad, pues señala que no debería haber más de 44,977 hectáreas disponibles para el cultivo (que son las que se cultivaban en 1930), y tendrían que haberse producido, al menos, 36,500 toneladas de maíz, empero, no tiene un parámetro histórico para establecer la baja productividad, por lo que utilizó como indicador (aunque lo matizó señalando que estuvo sometido a procesos históricos) la baja productividad que esa área tiene en épocas modernas, que era de 600 kg por hectárea en el año de estudio de Cook.

Si realmente esa hubiese sido la productividad para el siglo XVI, se habría suscitado una crisis profunda en el consumo de alimentos, pues sólo habrían podido disponer de 27,000 toneladas de maíz, con la consecuente necesidad de la guerra, no sólo para conseguir excedentes y víctimas sacrificiales, sino que también, diría yo, para paliar el hambre de la población. Sin embargo, si asumimos como ciertas sus estimaciones de consumo, 400 gr, la tierra cultivable y la cantidad de maíz que se requería, la productividad en el cultivo de maíz, aparte el frijol y las hortalizas asociadas a su cultivo que no pueden ser sumadas en una sola cuenta,²⁵ debería rondar en 8.1 toneladas por hectárea. Esta cifra, si la comparamos con la productividad actual en el país, estaría muy cercana a los rendimientos de las áreas de alta productividad, la cual oscila entre las 11 y 12 toneladas por hectárea, lo que lo pondría por arriba del promedio nacional actual, que es de 3.8 t/h; y la de la mundial, que es de 5.9.

²⁴ Borah, Woodrow y Cook, Sherburne F, "La despoblación del México central en el siglo XVI" en: *Historia Mexicana*, vol. XII, no. 45, jul. sep., 1962, 1, pp. 6-7

²⁵ Además, no están contando el cultivo del amaranto que para ese periodo era ampliamente cultivado en todo el país.

De ahí que de las cifras que propuso Cook no pudieran derivar una baja de productividad y que sus cálculos no abonen al argumento de una crisis de consumo (considerando las cuentas de Cook que una hectárea alimentaria a 5 personas al año). Aún menos si consideramos que el maíz sólo fue una parte de la alimentación, tal y como lo han demostrado estudios recientes sobre los restos humanos, de basureros de distintas localidades, incluidas las de la cuenca de México y del valle de Teotihuacan; también, de los sistemas hidráulicos, y sobre los restos de alimentos recuperados por novedosas tecnologías en las que se analizan los restos de cerámica y los utensilios de cocina.²⁶

A pesar de las dificultades para demostrar su teoría de la crisis y la falta de evidencia para sustentarlo, los demógrafos históricos concluyeron que la producción intensa había presionado con suficiente fuerza la capacidad productiva de la tierra, por lo que la sobrepoblación dio inicio una coyuntura de descenso de productividad y, por consecuente, también la crisis. Ese modelo explicativo de Borah y Cook, con sus carencias y contradicciones, resultó muy exitoso en el campo de la arqueología, pues ha sido extensamente aplicado para explicar el llamado colapso maya o la caída de Teotihuacán.

Dos modelos en el horizonte de la Economía Política

Como podrá notarse, el problema sobre la representación de las civilizaciones prehispánicas no sólo es un asunto de información o de evidencia relevante, sino que también es importante por el horizonte cultural-ideológico que se construye sobre las representaciones históricas en las que se van fraguando las investigaciones contemporáneas.

²⁶ Algunos ejemplos de publicaciones sobre las temáticas en cuestión, sobre el sistema hidráulico: Teresa Rojas Rabiela, (coord.), *Cultura hidráulica y simbolismo mesoamericano del agua en el México prehispánico*, México, IMTA-CIESAS, 2009. Sobre la paleobotánica: Emily McClung de Tapia, *et. al.*, “Los orígenes prehispánicos de una tradición alimentaria en la cuenca de México”, *Anales de Antropología*, 48-I (2014), pp. 97-121. Sobre el análisis de los restos cerámicos: María J. Novelo-Pérez, *et. al.*, “Pre-columbian culinary landscapes: reconstructing elite gastronomy at Sihó, Yucatán”, 10 octubre 2019, *STAR: Science & Technology of Archaeological*, (Online) Journal homepage, Research, DOI: 10.1080/20548923.2019.1674508; y en Benito Jesús Venegas Durán, *et. al.*, “Análisis e identificación de almidones arqueológicos en instrumentos líticos y cerámica del conjunto residencial Limón de Palenque, Chiapas, México”, *COMECHINGONIA. Revista de Arqueología*, vol. 25, núm. 1, 2021, pp. 25-43. Sobre la zooarqueología: Andrés Ciudad Ruiz, *et. al.*, “Zooarqueología de un basurero doméstico: proteína animal en los patrones de consumo del Grupo IV de Palenque, Chiapas”, *Archaeofauna*, núm. 29, 2020, pp. 23-39, <http://doi.org/10.15366/archaeofauna2020.29.002>

Enrique Semo, como ya señalé, reconoce la riqueza natural (la diversidad ecológica, etcétera), pero no le parece que el factor ecológico sea relevante como factor explicativo, pues su interés está en señalar el atraso tecnológico con respecto a Eurasia, por lo que su modelo es básicamente comparativo. Por su parte, Cook y Borah han considerado que el factor tecnológico puede ser visto como una variable constante, y han puesto el acento en la sobrepoblación y su relación con el entorno ecológico, aunque como hemos expuesto, proceden casuísticamente con la información y han forzado la comparación con épocas modernas (a falta de una historia ecológica y no sólo climática), careciendo de estudios amplios para determinar el impacto de la población en un supuesto deterioro ambiental que habría afectado la productividad y la disponibilidad de alimentos.²⁷

En apariencia, tenemos dos modelos explicativos, uno que pone en el centro la técnica, y el otro, en la población; sin embargo, los dos tienen una matriz común, el de la economía política. De ahí, que en ambos modelos predomine el tono “energético” de la argumentación y de su aparente distanciamiento de la orientación antropológica y de la perspectiva nacionalista; aunque al final volverán a introducir las a la representación global. El modelo tecnológico tiene un arraigo profundo en la sociedad moderna, tanto en los intelectuales como en la vida productiva y en la cotidianidad, el imaginario tecnológico forma parte de estrategias de estado o de proyectos de salvación universal, por lo que es más fácil su aceptación sobre todo en un entorno en el que la civilización técnico-capitalista se ha impuesto y domina la vida social moderna.

Por su parte, la representación basada en la historia demográfica es una aplicación del modelo malthusiano de economía política. La finalidad de dicho modelo era buscar una explicación a las crisis capitalistas modernas y, por lo tanto, ofrecer soluciones que ayudaran a la reproducción capitalista garantizando el crecimiento del mercado y el proyecto técnico-civilizatorio capitalista. Malthus propuso que debería ponerse el acento

²⁷ William T. Sanders en un intento por encontrar un punto de equilibrio en el modelo, en su estudio sobre el valle de Teotihuacan, calculó que la producción por hectárea en el siglo XVI era de 1.4 toneladas en el valle de Teotihuacan (5400 hectáreas cultivables) y que el consumo de maíz por persona era de 600 gramos y propone que la población era la mitad de la estimada por Borah y Cook (135 mil personas y no de 320 mil). El problema de los cálculos de Sanders fue que utilizó como parámetro la productividad agrícola moderna en esa región sin considerar las transformaciones históricas (de uso del suelo, agua, clima, etcétera) por las que la productividad agrícola descendió dramáticamente en el centro-sur de México.

en el control del crecimiento de la población que, según él, era el causante de las crisis en el capitalismo.²⁸

Basados en esa interpretación y promovidas por la ONU, los gobiernos de la mayor parte de los países a la mitad del siglo XX implementaron políticas de control poblacional, ya sea de tipo “voluntario”, tales como la planificación familiar o en su faceta claramente autoritaria, promoviendo (conspirando) la esterilización forzada entre las mujeres de la India y África o, de plano, con la prohibición del número de hijos, tal y como ocurrió en China, pues se consideró que la población, por su crecimiento natural, era el factor que ponía freno al funcionamiento de un sistema productivo racional. La biopolítica se incorporó como fundamento de los estados modernos y dio un horizonte límite de sus funciones reproductivas.

Como podemos observar, para salir del discurso histórico esquizofrénico no es suficiente con tener nuevas informaciones o evidencias y darles la vuelta a los relatos coloniales; tenemos que revisar, también, el horizonte cultural y mental que han producido las representaciones colonialistas y eurocéntricas sobre el pasado prehispánico. La representación contradictoria y paradójica que se construyó a partir del horizonte de la economía política reproduce, aunque en un imaginario distinto, la dicotomía entre abundancia y escasez.

En la representación discursiva de Semo, la riqueza natural contrasta con la incapacidad civilizatoria de los americanos por aprovechar y justificar la conquista como un factor de progreso sin el cual la población originaria seguiría estancada en su escasez primordial. La demografía histórica de Borah y Cook llegó a conclusiones similares partiendo de otro lugar: el de la dinámica poblacional. Para ellos, el crecimiento demográfico fue facilitado por la riqueza natural aprovechada con una técnica simple, empero, la consecuente sobrepoblación precipitó la crisis de productividad que debilitó la estructura socio-política y que facilitó la conquista; para esos autores, y los que han seguido aplicando el modelo, la población amerindia se comportaba bajo parámetros naturales y no sociales o culturales, eran más naturaleza que sociedad. Así, y aunque los modelos explicativos se crearon dentro del campo de las ciencias o del pensamiento científico,

²⁸ Véase: *Marx, Engels y la explosión demográfica: selección de los escritos de Marx y Engels sobre las teorías de Thomas Robert Malthus*, México, Extemporáneos, 1980.

estuvieron afincados en las representaciones fundacionales de la modernidad creadas a partir del siglo XVIII dentro del horizonte de la modernidad burguesa.²⁹

Terminaré este artículo planteando un contrapunto a esas representaciones modernas: el de una visión occidental que pertenece al imaginario cristiano medieval, en el que la representación es una de orden moral.

La abundancia maravillosa de América en el imaginario hispano

El recurso retórico utilizado por Enrique Semo para solventar las paradojas de su discurso me hizo preguntar sobre las fuentes que utilizó para valorar y ubicar a los americanos en la marcha del progreso técnico civilizatorio. Su uso de fuentes me pareció muy indicativo sobre los vínculos de la representación historiográfica del siglo XXI con la de la antropología mexicanista de la primera mitad del siglo XX. Por un lado, encontramos que sus fuentes bibliográficas, que por otra parte no son abundantes, provinieron, básicamente, de la antropología estadounidense; algunos ejemplos son el texto de Fredrich Katz de 1972, *The ancient American Civilisations*. Cuando llega a citar textos editados en México son compilaciones de las que sólo retoma a los autores estadounidenses que participaron en ellas. Es decir, no contiene bibliografía proveniente de la arqueología, como se habría esperado.

Cuando se trata de las fuentes coloniales, sólo consigna a Clavijero únicamente para informarnos sobre el supuesto conflicto entre Tenochtitlán y Tlatelolco en el momento de la formación del imperio azteca. En ese uso de fuentes, la arqueología o las informaciones arqueológicas están filtradas por textos antropológicos y llama la atención, a diferencia de la mayoría de las historias sobre el periodo, que prácticamente no tomó en cuenta las crónicas de la conquista. Si bien lo anterior no es tan importante como para especular sobre los motivos y criterios de selección de Enrique Semo, sí vale la pena preguntarse sobre la relación entre la representación moderna eurocentrista y tecnocentrista que nos propone Semo, así como de la representación de los cronistas coloniales.

En los relatos hispanos de la exploración y conquista de América, la imagen que predomina es la de un mundo en el que reina la exuberancia, tanto si se trata de territorios en donde dominan las selvas o de las regiones desérticas, así como las de las grandes

²⁹ Michele Duchet, *La antropología y la historia en la época de las luces*, México, Siglo XXI, 1976.

serranías o llanuras, en donde se trata sobre el predominio de lo maravilloso. Guy Rozat³⁰ ha trabajado los subsuelos de esa representación plasmada en los relatos coloniales. Esa representación, nos dice Guy, se basaba en descripciones naturalistas de tipo realista moderno que se alimentaban de un imaginario europeo (occidental, mejor dicho) sobre la India, formado en gran parte a una larga duración discursiva proveniente de la antigua Grecia:

El difunto Jacques le Goff, eminente medievalista francés, en un ensayo pionero ya antiguo, nos recordó que el mundo índico parecía para los medievales, vomitar riquezas, ser la fuente de un flujo inagotable de productos de lujo, y esto desde hace varios siglos. Un sueño sobre todo centrado en la existencia de islas, las innumerables “islas afortunadas”, islas felices y colmadas de especias, metales y piedras preciosas, imágenes que estructuraban y sostenían ese gran imaginario de la riqueza del océano indico.³¹

Era un imaginario que compartían e impulsaban Colón, Oviedo, Cortés y Pizarro, Motolinía, Sahagún, las Casas o Alvar Cabeza de Vaca y Lope de Aguirre; era un imaginario que no se agotó en los descubrimientos geográficos ni con la llegada a China o por la confirmación de que América era un continente; su presencia aún la encontramos en Clavijero en el siglo XVIII. Ese imaginario maravilloso también era vinculado estrechamente con la mirada teológica:

A fines del siglo XV llegar a las Indias significaba, antes que todo, llegar al país de las maravillas, unas tierras en las cuales la tradición situaba inmensas riquezas, y como lo subraye antes, islas enteramente de oro y otras de plata, y si eso no fuera suficiente ahí debía encontrarse, según algunos eruditos, nada menos que el paraíso terrenal. Y si había paraíso terrenal, nada extraño tampoco que en las aguas de los 4 ríos que dicha tradición explicaba salían de ese lugar maravilloso e irrigaban todo el planeta tierra, después de recorridos bastante misteriosos, debían rodar rubís, esmeraldas, diamantes y otras tantas piedras preciosas, todos innegables testimonios de la fuerza creadora de la omnipotencia divina.

Así, toda la naturaleza de las Indias era maravillosa: plantas, animales, piedras, hombres, y los textos sobre estas “maravillas de las Indias” atraviesan todas las formas literarias y artísticas de la edad media hasta el siglo XVI.³²

Este imaginario sobrevivió a la conquista y a las exploraciones, porque no se trató sólo de un problema de “información” o de pesos y centavos que habrían de obtener los conquistadores, de los que los españoles se esforzaron por llevar las cuentas, de cuantificar la riqueza (que en la modernidad se volvió un cálculo energético, de cuánta energía usas,

³⁰ Guy Rozat, “El imaginario índico”, en *Preliminares de la conquista*, México, Mar Adentro, 2023, pp. 90-143.

³¹ *Ibid*, p. 108

³² *Ibid*, p. 89.

de cuánta energía consumes) sino que fue un problema sobre el significado, el cual podríamos nombrar como un proyecto de humanidad en el que las representaciones se elaboraban.

El imaginario maravilloso fue un motor, una motivación en la expansión de Occidente en cuya lógica los conquistadores europeos se asumieron como propietarios del mundo al que tenían que subvertirlo y convertirlo en una extensión de su civilización. Asimismo, encontrar y describir el espacio de lo maravilloso les serviría para constatar la culminación del sentido cristiano de la historia en la que los hispanos se asumían como los verdaderos protagonistas. El encuentro de las maravillas era el encuentro con el espacio limítrofe, en donde se reunían espacio y tiempo escatológico, el paraíso terrenal y el fin del tiempo; todo a la misma vez. El territorio, la naturaleza y su gente estarían marcados espiritualmente por el carácter maravilloso del fin del mundo.

Ese imaginario acompañará a los europeos en América durante todo el periodo colonial, más allá del momento de la conquista. Así, tenemos que en 1604, Bernardo de Balbuena, por ejemplo, publicó su libro la *Grandeza Mexicana*, que fue una loa a la Ciudad de México y en el que la describió como a un paraíso maravilloso: por su naturaleza, por su pasado lejano, el gentil y el reciente, así como por su pasado conquistado y el proceso de evangelización cristiana por el que tuvo que pasar. La ciudad es el ejemplo de la “grandeza espiritual de América”. Para Bernardo de Balbuena, el contenido espiritual de la Ciudad de México alcanzó su culminación por los grandes esfuerzos y atributos españoles en establecer una nueva Jerusalén terrenal:

Oh tú, heroica beldad, saber profundo,
Que por milagro puesta a los mortales en todo fuiste la última del mundo;
Criada en los desiertos arenales,
Sobre que el mar del sur resaca y quiebra
Nácar lustroso y perlas orientales³³

Como espacio limítrofe, a lado de la exuberancia de lo maravilloso (la extensión, las montañas de piedras preciosas, los ríos de oro, la vegetación, feracidad de la tierra, la población), los cristianos europeos tenían que señalar, también, la presencia del demonio; una presencia excesiva, empero, explicable por la cercanía del paraíso terrenal: caníbales, monstruos, sacrificios humanos, obstáculos naturales que parecían infranqueables por los

³³ Bernardo de Balbuena, *La grandeza mexicana y compendio apologético en Alabanza de la poesía*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, núm. 200, 1985, p. 61

dispositivos que el demonio va desplegando o por misma reticencia espiritual de los nativos.³⁴

Si bien los relatos de la conquista señalaban la extendida presencia del demonio en América como un recurso retórico para legitimar la empresa conquistadora, la figura demoniaca también operaba en el sentido contrario, pues destacaba la presencia milagrosa y, hasta ese momento oculta, de la divinidad cristiana.

Así, Sahagún y Las Casas, aunque en partidos políticos contrarios, creyeron encontrar en la vida social, en las costumbres, en la construcción de ciudades o en algunas de las leyes indígenas las huellas de que los indígenas intuían y practicaban un cristianismo primitivo o precristiano: los logros técnicos, el saber sobre la naturaleza y la vida urbana no podían ser una obra exclusiva del demonio, sino que velaban la intervención divina y por ello, argumentaban, esos indígenas eran objeto de evangelización. De ahí que el recuento de las costumbres sociales y políticas supuestamente precristianas en las crónicas religiosas pertenecieran al nivel de las descripciones de orden moral o jurídico.

En su *Historia General de las cosas de Nueva España*, Sahagún hizo una relación de los diferentes nombres con los que los indígenas distinguían los tipos de suelo, pero no lo hizo para informar sobre los conocimientos indígenas en sí mismos sino para aludir a la abundancia, a la fertilidad de la tierra, es decir, era el recuento de lo que Dios ha provisto para los humanos; además de constatar que los indígenas, al poseer un sistema de propiedad, podían ser considerados para incorporarlos a la civilización cristiana y que dichas categorías de propiedad deberían servir como base para distribuir la tierra según sus atributos a la administración civil y religiosa hispana, las que podían quedarse bajo los señores naturales y tributar, etcétera.

De esa forma, la enumeración de elementos naturales y las descripciones de las calidades civilizatorias no llevan hacia la reconstrucción de un sistema productivo ni a una economía política, sino más bien, formaban parte de una economía simbólica. Una economía simbólica en la que los elementos terrenales formaban parte del espacio

³⁴ Manuel Lázaro Pulido, “Dios permite el mal para el bien. Dos aproximaciones diferentes desde la metafísica del ser y del bien en Santo Tomás y San Buenaventura”, *Revista Española de Filosofía Medieval*, núm. 21, 2014, pp. 95-103

maravilloso, un sistema simbólico en el que la teología y el imaginario indico eran las bases que articulaban la representación del espacio y tiempo americano.

Por otra parte, en su *Historia de las Indias*, el dominico, fray Diego Durán, puso en boca de Moctezuma I la decisión de ir en busca de la tierra de sus antepasados, ordenando a Tlacaelel (quien fungió como su primer ministro) que reuniera a algunos guerreros y que los enviara a la misión. A lo que Tlacaelel le respondió:

Poderoso señor, no es gobernado y movido tu pecho real por tu propio motivo, ni se mueve tu corazón por negocios humanos, sino, sin ninguna duda, por alguna deidad eterna, causa de todo bien en esta naturaleza criada, por cuya providencia, sapientísimo señor, te mueves a querer emprender una cosa tan grande

Por lo que le recomienda al monarca que mande:

buscar brujos o encantadores y hechiceros que, con sus encantamientos y hechicerías, descubriesen estos lugares porque, según nuestras historias cuentan, ya aquel lugar está ciego con grandes jarales, muy espinosos, y con grandes breñales, y que todo está cubierto de grandes médanos y lagunas, y que está cubierto de espesos carrizales y que será imposible hallarla sino es por gran ventura

Ese encantamiento sirvió, según Durán, para mantener en secreto el paraíso terrenal indígena: “esta (tierra) estaba muy viciosa y amena y muy deleitosa, donde tuvieron todo descanso y donde vivían mucho, sin tornarse viejos, ni cansarse, ni tener de ninguna cosa necesidad”.

Los brujos seleccionados se transformaron en animales para llegar a Aztlán-Culhuacan-Chicomoztoc y, a su regreso, relataron y confirmaron lo que el monarca y su ministro ya sabían; que se trataba de un lugar encantado donde las personas no morían ni envejecían si no querían, y que tenían todo tipo de alimentos en esa tierra paradisiaca:

...el rey mando llamar a Tlacaelel e hizo tornar a referir delante de él todo lo que se había acontecido y dar la parte que, a él en particular, del presente le enviaban, y contándoles la gran fertilidad y frescura de las arboladas y el modo que de buscar lo necesario para el sustento tenían, y cómo andaban en canoas y hacían camellones encima del agua, para sembrar y criar aquellas legumbres que comían, la gran abundancia de muchos géneros y diferencias de pescados que había, como en el presente que traían podían notar, la gran multitud de aves marinas de todo género, la suavidad y melodía que de cantos de aves había de diferentes pajaritos, grandes y pequeños, la diferencia de sementeras que allí había: unas para coger, ya sazoadas; otras, en mazorca fresca y leche, y otras que empezaba a estar en cierne, y otros que nacía, de suerte que en ella no podía haber hambre.³⁵

³⁵ Fray Diego Durán, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de Tierra firme*, Tomo II, cap. XXVIII, México, Porrúa, 2006, pp. 215-224.

Vemos aquí de nuevo la imagen de la abundancia de la tierra reflejada en “la diferencia de sementeras”, y en la variedad de los animales que los acompañaban, que también Sahagún enlistó en su obra y que luego puso en la de la mesa faraónica, llena de múltiples alimentos preparados que Moctezuma II le habría ofrecido a Hernán Cortés. Pero el paraíso indígena guardaba un secreto mucho más valioso que todas las maravillas que encerraba; el buen dominico pondría en el informe de los brujos y hechiceros la profecía en la que Huitzilopochtli les habría anunciado que los españoles llegarían a conquistarlos: develar ese secreto sería, sin duda alguna, la verdadera misión.

Por su parte, los cronistas indígenas siempre fueron cuidadosos de mantener lo políticamente correcto en sus escritos, dedicándose a los problemas del linaje, relatando historias de su pasado ajustadas a los pasajes bíblicos y a las profecías cristianas, esforzándose en mantener el equilibrio entre la presencia demoniaca y la intervención divina. Llegaron a introducir referencias bastante acotadas sobre la abundancia del mundo natural y la riqueza de la tierra, empero, contrastándolas con la escasez en el conocimiento de Dios que tenían sus antepasados. En su crónica *Mexicayotl*, Alvarado Tezozomoc, enunciaba el mito índico, esta vez en voz de Huitzilopochtli, para hacer una transposición discursiva por medio de la cual los aztecas se comportaban como españoles:

...según dicen los antiguos, Huitzilopochtli les dio ese nombre (mexitin). Él les cambio su [antiguo nombre de aztecas, diciéndoles: “Ya no os llamaréis aztecas, sino mexitin” ... Por eso os digo: “Yo os envío a todo el mundo como nobles y señores; y puesto que seréis señores, tendréis [debajo de vosotros a] incontables macehuales, los cuales os tributarán y os darán en abundancia chalchihuites, oro, plumas de quetzal, esmeraldas, corales, cristal de colores y ricas vestiduras. Serán vuestros esclavos y vosotros los mantendréis, pero ellos os darán variadas y preciosas plumas de azulejo, de tlauhquechol y de tzinitzcan. Tendrés cacao de colores y algodón de colores; pues esa es la misión por la que fui enviado”. Tras oír estas palabras, Chalchiuhtlatónac sacó a los macehuales de los siete calpules, los cuales traían consigo los envoltorios de sus dioses.³⁶

Si bien el mito de la abundancia fue enunciado por el demonio, lo que está atrás del discurso de Huitzilopochtli era el mandato del Dios cristiano cuya voluntad primaba, también, en esta tierra, pero que permanecía oculta bajo el despliegue del demonio en América. Argumentando todo esto a su favor, Alvarado Tezozomoc, dirá que los mexicas intuyeron que detrás de las palabras del demonio estaba la voluntad de Dios y que, por ello, siguieron

³⁶ Alvarado Tezozómoc, Hernando, *Crónica Mexicáyotl*, México, UNAM, 1998, pp. 42-43

sus mandatos; en su papel de encubridor, el demonio contribuyó a cumplir el plan divino al empujar a los aztecas a realizar las profecías a cambio de llevarse muchas almas.³⁷

Las descripciones de riqueza y de escenarios encantados llenos de maravillas recorrieron, como ya lo señalamos, los relatos coloniales; y si había cierta escasez, no la había ni en la naturaleza ni en la técnica, que era lo principal (Sahagún insistió en las habilidades y destrezas técnicas de los indígenas, sobre todo de la metalurgia de minerales preciosos), ni tampoco en el sentimiento religioso de los indígenas. El problema era la escasez del conocimiento de la palabra divina que, evidentemente, sería resuelto con la evangelización.

La exaltación de la riqueza natural, e incluso, de un cierto nivel de conocimiento como el astronómico (el calendario) o del conocimiento técnico prehispánico que ofrecen las crónicas, le vino bien a la antropología mexicanista que pudo asimilar la representación mitológica cristiana occidental de los relatos coloniales. En términos discursivos, lo utilizaron como contrapeso para sostener el sentimiento nacionalista promovido dentro de una narrativa-representación que ha negado la particularidad de las civilizaciones americanas y ha reproducido el horizonte colonialista prooccidental con el que se mira, además de valorar el pasado indígena en un país que es económica y tecnológicamente dependiente, ubicado en la periferia occidental.

Por su parte, las representaciones que participan del horizonte de la economía política se sirven de ese imaginario medieval para llenar los vacíos que sus explicaciones paradójicas producen, pues están forzados a explicar lo que ha ocurrido en la conquista; la escasez consustancial o la naturalización de las sociedades prehispánicas encuentra su correlato en el desbordamiento sacrificial (con la presencia dominante del demonio y el miedo en sus imaginarios); las sociedades prehispánicas son presentadas como incapaces de alcanzar la racionalidad suficiente para hacer viable su proyecto civilizatorio. La

³⁷ Pero la figura de Huitzilopochtli no sólo se presenta como un demonio, también nos remite, en este mito, hacia la mitología propia de la cultura grecolatina, rehechas en el imaginario medieval, en la que la técnica y el cultivo estaban asociadas a las divinidades telúricas (como las diosas Demeter o Ceres, Hefestos, Hades, Plutón), las cuales son otorgadas a los humanos a través de la intervención de divinidades áreas o solares, como Hermes-Mercurio entre los griegos y romanos, o Thor, entre los germanos que arrancaban esos dones de sus dioses tutelares y la entregaban a los humanos a cambio de sacrificios de sangre que se realizaban antes de iniciar las cosechas.

economía política no subvierte el relato medieval de la conquista sino que lo refuerza y redondea, con “explicaciones” materialistas.

Paradojas finales

Para un historiador como el Dr. Enrique Semo que trata de ubicarse en la perspectiva universalista de la economía política moderna, la exaltación que hacen las crónicas coloniales sobre la naturaleza americana y la civilidad indígena resulta excesiva y, por lo mismo, las ha desplazado de la explicación principal; sin embargo, enfrentado a las paradojas de su propio discurso, las retomó, pues le sirven para cubrirlas y, a trasmano, reproduce sus mitologías y representaciones cristiano-medievales, creando un nuevo rizo en su paradoja.

No obstante, el historiador Enrique Semo no sólo se ha abandonado a la crítica histórica de las fuentes coloniales, sino que se ha desatendido de los pequeños, pero interesantes, resultados de la arqueología contemporánea con los que es posible fortalecer las nuevas y necesarias preguntas sobre el pasado prehispánico; preguntas que nos llevan más allá del horizonte tecnocrático capitalista que domina el imaginario social actual y que nos ayudan a reflexionar sobre la catástrofe ecológica hacia las que nos encaminamos.

Sin duda que nos debemos esperar para encontrar todas las respuestas a nuestras preguntas. Y creo que tendremos que ser pesimistas sobre los avances de la arqueología, empero, podemos esperar que al disponer de nuevas áreas de conocimiento e informaciones nos ayuden a repensar nuestras representaciones y valoraciones sobre el pasado prehispánico de la misma forma en que las investigaciones de la demografía histórica sacudieron los modelos explicativos aplicados por la antropología americanista en los estudios sobre la civilización material, que, desde luego, habrán de ser valoradas en nuevos marcos mentales que sobrepongan al discurso histórico colonialista predominante.

Termino estas páginas recordando un comentario de Vaillant sobre la civilización azteca, en un libro de 1941, lleno de intuiciones (aunque fracasado en su realización):

Este libro...será un libro difícil de leer. Hay dos razones para esta circunstancia desafortunada: la primera es que los indios no perseguían los mismos objetivos que nosotros, de tal manera que sus normas de vida son diferentes a las nuestras y difíciles de entender; la segunda es que la historia de los indios tiene que reconstruirse con los

datos que hallamos, así que la mayor parte del material, como la técnica que empleaban para hacer utensilios domésticos, no caen en el campo de nuestras lecturas habituales.³⁸

Bibliografía

- ALVARADO TEZOZÓMOC, Hernando, *Crónica Mexicáyotl*, México, UNAM, 1998.
- BALBUENA, Bernardo de, *La grandeza mexicana y compendio apologético en Alabanza de la poesía*, México, Porrúa, Sepan Cuantos, núm. 200, 1985.
- BARTRA, Roger, *El modo de producción asiático y el México prehispánico*. México, Grijalbo (Colección 70), 1975.
- BORAH, Woodrow y COOK, Sherburne F, “La despoblación del México central en el siglo XVI”, *Historia Mexicana*, vol. XII, núm. 45, jul-sep., 1962, pp. 1-12.
- CIUDAD RUIZ, Andrés; VARELA SHERRER, Carlos Miguel y ADÁNEZ PAVÓN, Jesús, “Zooarqueología de un basurero doméstico: proteína animal en los patrones de consumo del Grupo IV de Palenque, Chiapas”, *Archaeofauna*, núm. 29, 2020, pp. 23-39. <http://doi.org/10.15366/archaeofauna2020.29.002>
- COOK, Noble David, *La catástrofe demográfica andina. Perú 1520-1620*, Perú, Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú, 2010.
- DUCHET, Michele, *La antropología y la historia en la época de las luces*, México, Siglo XXI, 1976.
- DIEGO DURÁN, Fray, *Historia de las Indias de la Nueva España e islas de Tierra firme*, Tomo II, México, Porrúa, 2006.
- GIBSON, Charles, *Los aztecas bajo el dominio español, 1519-1810*, México, Siglo XXI, 1984.
- MCCLUNG DE TAPIA, Emily; MARTÍNEZ YRÍZAR, Diana; IBARRA MORALES, Emilio y ADRIANO MORÁN, Carmen Cristina, “Los orígenes prehispánicos de una tradición alimentaria en la cuenca de México”, *Anales de Antropología*, vol. 48, núm. I, 2014, pp. 97-121.
- NOVELO PÉREZ, María J.; HERRERA PARRA, E. Moisés; FERNÁNDEZ SOUZA, Lilia; ANCONA ARAGÓN, Iliana y JIMÉNEZ ÁLVAREZ, Socorro, “Pre-columbian culinary landscapes: reconstructing elite gastronomy at Sihó, Yucatán 10 octubre 2019”, *STAR: Science & Technology of Archaeological*, (Online) Journal homepage, Research, DOI: 10.1080/20548923.2019.1674508
- PALERM VICH, Angel, *Teoría Etnológica*, México, UAQ, 1987.

³⁸ George C. Vaillant, *La civilización azteca*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983, p. 11.

- LÁZARO PULIDO, Manuel, “Dios permite el mal para el bien. Dos aproximaciones diferentes desde la metafísica del ser y del bien en Santo Tomás y San Buenaventura”, *Revista Española de Filosofía Medieval*, núm. 21, 2014, pp. 95-103.
- ROJAS RABIELA, Teresa, *Cultura hidráulica y simbolismo mesoamericano del agua en el México prehispánico*, México, IMTA-CIESAS, 2009.
- ROZAT, Guy, *Indios imaginarios e indios reales en los relatos de la conquista de México. Huellas de un largo trabajo en la memoria cristiana*, México, Ediciones Navarra, 2018.
- _____, *Preliminares de la conquista*, México, Mar Adentro, 2023.
- _____, “El redentor occidental y sus fantasías técnicas”, *Palos de la Crítica*, volumen 4, números 1-2, abril septiembre 1988, p. 128-150.
- SANDERS, William T., “The Population of the Central Mexican Symbiotic Region, the Basin of Mexico, and the Teotihuacán Valley in the Sixteenth Century”, en Denevan, William M. (editor). *The Native Population of the Americas in 1492*, Madison, University of Wisconsin Press, pp. 85-150.
- SAUER, Carl O, *Agricultural Origins and Dispersals-The Domestication of Animals and Foodstuffs*, EUA, The american geographical society, 1952.
- SEMO, Enrique, *La conquista, catástrofe de los pueblos originarios. Volumen I. Los actores: amerindios y africanos, europeos y españoles*, México, UNAM-Siglo XXI, 2019.
- SOUSTELLE, Jacques, *La vida cotidiana de los aztecas en vísperas de la conquista*, México, Fondo de Cultura Económica, 1983.
- VAILLANT, George C., *La civilización azteca*, México, Fondo de cultura Económica, 1983.
- VALADEZ AZÚA, Raúl y RODRÍGUEZ GALICIA, Bernardo, “Uso de la fauna, estudios arqueo zoológicos y tendencias alimentarias en culturas prehispánicas del centro de México”, *Anales de Antropología. Revista del Instituto de Investigaciones Antropológicas*, vol. 48, núm. I, 2014, pp. 139-166. DOI: [https://doi.org/10.1016/S0185-1225\(14\)70493-X](https://doi.org/10.1016/S0185-1225(14)70493-X)
- VENEGAS DURÁN, Benito Jesús Moisés; HERRERA PARRA, Esteban y NOVELO PÉREZ, María, “Análisis e identificación de almidones arqueológicos en instrumentos líticos y cerámica del conjunto residencial Limón de Palenque, Chiapas, México”, *COMECHINGONIA. Revista de Arqueología*, vol. 25, núm. 1, 2021, pp. 25-43.